

El caso de "La Causa del Pueblo"

Jean-Paul Sartre, director de "La Cause du Peuple". ¿Por qué no se le ha detenido? Porque es un nombre indigesto. Sartre compareció como testigo de la defensa en el juicio sobre los anteriores directores. "Si esto fuese realmente un juicio por supuestos delitos de prensa —dijeron a Sartre—, habría sido usted detenido. Pero, en realidad, es un juicio político"...



—Si ustedes tomasen el poder, ¿permitirían la celebración de elecciones libres?

—Depende de qué clase de elecciones.

Así se entabló en París el diálogo entre un juez y el acusado Michel Le Bris, que terminaría con la condena a ocho meses de prisión para Le Bris y un año para su compañero Jean-Pierre Le Dantec, ambos directores del periódico «La Cause du Peuple» (actual director, Jean-Paul Sartre), mientras en la calle sus camaradas de la Izquierda Proletaria —grupo considerado como maoísta— asaltaban los centros de enseñanza, un Banco («He aquí las ruinas de la Francia monetizada, ¡viva el pueblo de Francia!», escribieron en su pared), alzaban barricadas y se defendían con barras de hierro de los asaltos de la Policía: dos días de disturbios, los más graves desde la revolución de mayo de 1968, con un balance —según cifras del Gobierno— de cien heridos, setecientos detenidos, doce vehículos destrozados y algunos edificios asaltados. Alain Gelsmar —dirigente de la Izquierda Proletaria, una de las figuras de 1968 con Sauvageot y Cohn Bendit— está en fuga y el Consejo de Ministros ha disuelto su partido. El Partido Comunista desapruueba —condena clásica de los «grupúsculos»—, las asociaciones de estudiantes moderados desapruueban, la izquierda en general no está de acuerdo. Consideran que es «dar armas al enemigo». El «enemigo» está tratando de sacar adelante la ley de represión contra nuevos delitos, o contra los delitos colectivos, desautorizada por el Senado —véase el número anterior de TRIUNFO—, y los nuevos disturbios fortalecerán las tesis de «ley y orden». Pero también protestan contra el juicio. Es un juicio político. En teoría se basa en una ley de prensa —que data de 1881— por la que se ha de castigar a los responsables de publicaciones que inciten a la violencia y al desorden. Pero, ¿por qué no se ha detenido a Jean-Paul Sartre, actual director del periódico? Porque es un nombre indigesto. Sartre compareció como testigo de la defensa y formuló exactamente esa pregunta. El abogado le contestó: «Si esto fuese realmente un juicio por supuestos delitos de prensa, habría sido usted detenido. Pero, en realidad, es un juicio político».

El juez se complicó a sí mismo con sus interrogantes sobre opiniones políticas.

JUEZ.—En la sociedad futura que ustedes tratan de implantar, ¿habría elecciones, partidos políticos, sindicatos?

LE BRIS.—No soy partidario de los sindicatos ni de los partidos políticos en su forma actual.

JUEZ.—¿Qué harían ustedes para garantizar la libertad?

LE BRIS.—En primer lugar, hay que destruir las raíces capitalistas. Después será declarada la dictadura del proletariado.

JUEZ.—¿Una auténtica dictadura?

LE BRIS.—Sí. Tenemos que reeducar a la burguesía.

Muchos se han preguntado —y lo han preguntado públicamente— por qué razón no se persigue y condena a los promotores del movimiento Orden Nuevo, que justamente pretenden lo mismo, pero desde la derecha. Es un movimiento neonazi, o más bien nazi sin neo, a juzgar por los nombres que reivindican —siempre procurando guardar ciertas reservas para el de Hitler, que es poco popular—, sobre todo cuando el Gobierno ha explicado que trata de defender la República «contra los facciosos, procedan de donde procedan, sin caer en las trampas que tienden y extienden». Pero oficialmente se responde que no hay razón para disolver Orden Nuevo: no ha organizado disturbios (aunque, al mismo tiempo de los disturbios maoístas, una bomba destrozaba la tumba de Maurice Thorez, que fue secretario del Partido Comunista Francés, como principio de la campaña de extrema derecha contra la visita a París de Gromyko, que ha llegado a París el lunes en visita oficial). Entonces, si lo que se persiguen son los disturbios, ¿por qué se pregunta a los detenidos maoístas por sus opiniones políticas?, se preguntan los franceses que quedan atacados de la vieja manía aclaratoria del cartesianismo. Nunca entenderán nada.

Los más racionalistas, los más cartesianos, defienden la impunidad de Orden Nuevo, explicando que si la persecución de la izquierda Proletaria es perfectamente arbitraria, no hay por qué duplicar esa arbitrariedad persiguiendo a Orden Nuevo. Ciertos juristas —H. Blin, Chavanne y Drago, autores de un «Tratado del derecho de la prensa»— explican que el terrorismo de izquierda se persigue en Francia con más rigor que el de la derecha en razón de que la izquierda, cuando se exalta y se desmanda, trata de subvertir el orden, mientras que la derecha, en las mismas circunstancias, trata de reforzarlo con su acción individual; siendo la ley —la policía, los magistrados, el Gobierno— los representantes designados y explícitos del orden, está en la lógica de las situaciones actuales que sean más rudos con los que tratan de «subvertir» que con los que tratan de reforzar... Pero la legalidad francesa admite partidos revolucionarios, con estatutos aprobados, en los cuales se manifiesta muy claramente que los deseos de sus afiliados, en torno a sus creadores y dirigentes, son los de subvertir el orden actual.

EN PUNTO

La oposición en la URSS

¿QUIEN ES AMALRIK?

Andrei Amalrik es el autor de un libro titulado así: «¿Podrá la Unión Soviética sobrevivir en 1984?». La respuesta del autor es que no. La Unión Soviética se desintegra. Le parece que el poder se esclerotiza en una burocracia egoísta que sólo pretende perpetuarse a sí misma, que las masas se deslizan hacia el consumo —el egoísmo también— y que la clase media —los tecnócratas— «practica el culto de su propia omnipotencia». «No puedo escuchar la radio soviética, no puedo leer "Pravda": es todo tosco, estúpido y lleno de mentiras. Estoy fuera del sistema por revulsión orgánica». El libro ha sido publicado, directamente o en resúmenes de prensa, por todos los países de Occidente, con la evidente fruición de mostrar que los males de que está aquejada la sociedad occidental son también los males de «los otros» y que nadie debe buscar la esperanza por ese lado. La identidad aparece también en que «la izquierda» dentro de la URSS está tan dividida como en cualquier país capitalista —entendiendo por «izquierda» la oposición al inmovilismo del poder que se opone al

progresismo— y Amalrik ha sido denunciado varias veces por los otros progresistas como un agente camuflado del poder, sobre todo después del precedente de Kuznetsov, que, huido de Londres, ha declarado después que había sido confidente de la policía secreta. De Amalrik se ha dicho lo mismo. Amalrik, por su parte, no ha regateado sus críticas a liberales como Yevtushenko y Voznesensky, a quienes acusa de sostener una oposición «demasiado educada». Ahora, Amalrik ha sido detenido por la policía, y sus enemigos de la «izquierda» dicen que esta detención se ha realizado exclusivamente para realzar su «cobertura» de opositorista. Mientras tanto, en Occidente aparece, como es costumbre, como un héroe de la libertad de pensamiento, como un idealista. Amalrik había previsto su detención. «Pienso —escribía— que la policía me detendrá cuando se haya olvidado en el extranjero el interés suscitado por mis libros y en mi persona. ¿Cuándo sucederá esto? Un régimen burocrático no tiene prisa, por su verdadera naturaleza. Sabe que nadie puede escapar».

OTAN, ONU

El arcaísmo de las instituciones internacionales

Existe una batalla de propaganda acerca de quién aparece a los ojos de los europeos como más pacifista, si los países del Pacto de Varsovia —autores de la propuesta de conferencia de seguridad— o los de la OTAN, que hablan siempre de la «reforma de la organización» en el sentido de convertirla en un «puente» hacia el Este. En la reunión de Roma, la OTAN ha recuperado la iniciativa de esta batalla proponiendo negociaciones con los países del Pacto para la reducción progresiva de fuerzas convencionales en el continente. Pero en la realidad, la OTAN aparece

como fuera de juego no sólo en la paz, sino en la guerra.

Su principal miembro, los Estados Unidos, mantiene una guerra en Indochina que afecta todo el equilibrio mundial y una determinada acción en Oriente Medio que afecta enormemente a la zona mediterránea, que es primordial para los países de la OTAN. El mismo país sostiene conversaciones en Viena con la URSS acerca del desarme mutuo, al tiempo que otros países se preocupan esencialmente de la mejora de relaciones con el Este: las conversaciones germano-soviéticas, la visita a Francia —miembro con



Si tales grupos son legales, ¿es legal privarles de sus derechos de expresión, incluso de acción? ¿No es fingir, la democracia autorizar esos partidos, esos grupos, esos periódicos, conociendo perfectamente su finalidad, para luego perseguirlos y encarcelar a sus dirigentes?

Discusiones bizantinas. Recojo, casi traduzco, algunas de las opiniones más características de entre las que han levantado los sucesos del barrio latino y el proceso de «La Cause du Peuple». Son opiniones casi todas del campo amplio y diverso de la izquierda. Las de la derecha tienen menos interés porque no se detienen en matices: maoístas, anarquistas, trotskistas y otros son, simplemente, comunistas a los ojos de la derecha, a pesar de que el Partido Comunista no los apruebe —es una simplificación que se produce siempre, y que ya se produjo en mayo de 1968, cuando el general De Gaulle y la extrema derecha condenaron la «insurrección comunista» sin conceder la menor atención a que estaba siendo condenada por el partido, su prensa y sus sindicatos, y que esa condena probablemente evitó una revolución y una guerra civil—, y se limitan a condenar la violencia y pedir el refuerzo de la ley, siempre que la violencia venga de la izquierda. Cuando viene de la derecha, es una «reacción sana». Es «la aparición de formaciones de autodefensa que reagrupan ciudadanos que, cansados del desorden, buscarán la manera de ponerle fin», como dice la proclama del Centro de Información Cívica, aunque, asustado de que esas reacciones puedan provocar el fascismo —como se ha visto en otras partes—, prefieren indicar al Gobierno que refuerce la ley: «La democracia es el reino de la ley. De ella obtienen los poderes públicos su legítima autoridad: la inmensa mayoría de los franceses esperan de ellos que la utilicen al servicio del interés general y al cuidado de la justicia social». Pero, ¿quién sabe en Francia qué es la legalidad? Tanguy Kenec'hdu explica, en un artículo de «Le Monde», que debo hacerse desaparecer «una liturgia selectiva de la legalidad» para sustituirla por «su culto permanente», mientras en la columna vecina, François Sarda propone que se reúna una comisión que reúna miembros de la mayoría y de la oposición para estudiar «la precisión de las palabras en los textos relativos a las libertades públicas», de forma que se establezca, «a partir de la ley y de la jurisprudencia, los criterios más precisos posibles, que eviten lo arbitrario en todos los poderes». Estamos otra vez, como se ve, en el terreno de la izquierda. En el de los matices.



Inglés y americanos, en Roma.